



LIDIA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.--Madrid.

| PRECIOS PARA LA VENTA | | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN | | NÚMEROS ATRASADOS | |
|-------------------------------|------------|------------------------|------------|---------------------|------------|
| 25 números ordinarios..... | Ptas. 2,50 | Madrid: trimestre..... | Ptas. 2,50 | Ordinario..... | Ptas. 0,25 |
| 25 " extraordinarios. | 5 | Provincias: | 3 | Extraordinario..... | 0,50 |
| | | Extranjero: año..... | 15 | | |

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

Numero extraordinario. ! MADRID: Lunes 14 de Marzo de 1898. ! Precio: 30 céntimos.

AÑO XVII

NÚMERO 2

ESTUDIO DE SALVADOR

FRAGMENTO DEL LIBRO

LAGARTIJO Y FRASCUELO Y SU TIEMPO

EL torero y el hombre se han equilibrado y aparecen en la hermosa ponderación de una cosa perfecta. La sangre y los nervios, obrando sobre el torero, convertían antes el valor en temeridad muchas veces inútil; el pundonor se exacerbaba entonces, llevándole á desagradables extremos que se echaban á mala parte, á la parte de la envidia.

Todo eso no existe ya, ó se ha mitigado considerablemente, por virtud de terribles sufrimientos que sólo los que tienen la sensibilidad excesivamente desarrollada, pueden comprender. Esta es, por lo tanto, la ocasión de emitir sobre Frascuelo un juicio definitivo y terminante.

Ante todo su figura. Es la antítesis de la de Rafael. En Lagartijo todo es armonía; en Frascuelo todo desproporción; en aquél hay algo que se separa de la entereza varonil, sin llegar jamás á los umbrales del afeminamiento; en éste la virilidad se impone como cualidad característica y predominante.

Corto de busto y largo de extremidades inferiores; un poco zambo de la pierna derecha, enjuto de carnes y excesivamente moreno de color, hay en el cuerpo de Frascuelo una rigidez de acero que deja adivinar la consistencia y el poder de su terrible musculatura.

La cara es pequeña, y en ella reside toda la expresión. Frente reducida y arrugada, cejas prominentes y huesosas que cobijan como en antros á dos ojos diminutos, cuya mirada dura y sin brillo tiene la fijeza de la obstinación; labio superior grande, abultado y carnoso; boca dilatada y mejillas apretadas y secas, como si se hubieran sometido á la maceración. Todo revela en la fisonomía de Frascuelo hervor de vida y fiereza tales, que traen involuntariamente á la memoria algo de las reses á cuyo dominio ha dedicado aquel hombre toda su vida.

Las yugulares rebasan sus límites y aparecen desmesuradamente hinchadas, como si un exceso de circulación sanguínea quisiera romper sus cauces y estallar; el cuero cabelludo nace casi pegado á las cejas, y no parece sino que la naturaleza se ha detenido allí, temerosa de dar fe á las teorías de Darwin.

Y como contraste de todas estas extravagancias, una cabeza preciosa, con pelo rizado al desgaire que permite á Salvador la coquetería de la raya, pero cuya prematura blancura y calvicie incipiente, denotan las tempestades de un alma condenada á luchar contra todo linaje de inclemencias morales.

Tal es, deplorablemente dibujada, la figura de Frascuelo. Fuerte, dura y rígida, no hay que buscar en ella la elegancia y finura que seducen, sino la virilidad, la entereza y el arrojo que imponen.

Su cara tiene el color del bronce, como reflejo del color del alma, y ésta parece asomarse á aquellos dos ojos diminutos que descubren la nobleza y el valor.

Ese es el hombre y ese su toreo, tan grande y completo como el de Rafael, en el fondo, pero separado de éste por la tosca y viril manifestación de la forma.

Salvador cuarteo y recorta tan corto y ceñido como el que más; pero la falta de flexibilidad de su cintura, y la rigidez y desproporción de su cuerpo, despojan á sus adornos de todo aliciente plástico, de todo encanto exterior.

Pero cuando el peligro inminente de un lidiador hace innecesario el adorno y exige la presencia de espíritu y el valor á toda prueba, Salvador se manifiesta entonces en todo el esplendoroso dominio de sus incomparables facultades.

Su capote es una providencia que acude al socorro de picadores y toreros, en esos momentos en que tardar un segundo es perder la batalla, con un ardimiento y con una celeridad que le han valido, desde los albores de su carrera, la entusiasta admiración de todos los públicos.

Sabe como nadie donde está el peligro, y llega por esa razón antes que nadie á la salvación del compañero. ¡Cuántas veces se le ha visto acudir á un quite arriesgadísimo y presentarse allí como un rayo, inopinadamente, cuando no se sospechaba quizá que su presencia fuera posible!

Y, sin embargo, los quites más asombrosos de Salvador se hallan previstos por él, con esa inteligencia suprema del peligro que hace la apología del torero. Cuando un picador pone una vara, ó un banderillero pareo á un toro difícil, el público no se fija más que en el picador y en el banderillero; no se fija en un hombre que está allí cercano al banderillero ó al picador; no se fija en un hombre que, mirando al toro en acecho constante, con el capote preparado y listo para toda eventualidad,

se avanza á la carrera y llega á tiempo para resolver un conflicto que ha previsto de antemano.

De ahí sus quites milagrosos, de ahí su manera imponente de aguantar los toros estirando el cuerpo cuanto puede, abriendo en toda su extensión los brazos, para que el engaño sea mayor y más eficaz, y robándoles á los toros el bulto, con la valentía imponderable y la abnegación de una fiera que defiende á sus cachorros.

Salvador ha hecho más de una vez el quite más peligroso y difícil que puede haber en la lidia: el quite aguantando por dentro.

Se le ha visto interponerse entre las tablas y el toro, en terreno vedado, donde no queda más salvación que el callejón de la barrera, si el enemigo da tiempo para aprovechar ese recurso; y se le ha visto despegar al toro del picador, llevándose casi adherido al cuerpo, disputándole la tierra palmo á palmo; y, victorioso siempre, y siempre fresco para rehacerse, en cuanto arrebatava su presa al animal y veía desvanecerse el peligro.

En estos casos, Salvador se echa sobre los toros con un denuedo tal, que no les deja tiempo para desengañarse; y si alguna vez, como sucedió en el portentoso quite que hizo al Morenito en 1885, se da el caso de que un toro desviado momentáneamente del bulto, quiera volver á su querencia, entonces Salvador se estrecha más si cabe, empapa á la fiera embozándole la cara por completo, y se apodera de ella definitivamente, dejándose coger y como si presentara al toro víctima mejor y preferible á la que yace tendida á sus pies.

De esa manera ha quitado cornadas á todos cuantos se han visto muy expuestos á recibirlas, y de ello podrán dar testimonio elocuente todos cuantos han toreado con Salvador.

La inteligencia, la guapeza y el poder; esas son las cualidades de Frascuelo en la lidia, y ellas le permiten llegar donde han llegado muy pocos, y hoy no llega nadie, porque nadie reúne en grado tan perfecto la fuerza física que la naturaleza presta, el valor que es cualidad innata, y el entendimiento, que es producto de unas aptitudes desarrolladas por trabajos incesantes, durante veinte años de laboriosísima existencia.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.



Salvador Sánchez (Frascuero).

ENTRE las páginas más brillantes de la historia de este célebre matador de toros, y son muchas las que en su libro tiene, cuéntase la inolvidable corrida de seis hermosos bichos de la ganadería del Duque de Veragua, que se verificó en Madrid el día 26 de Mayo de 1887. En ella trabajó solo Frascuelo como espada, haciendo quites admirables, é imprimiendo á toda la lidia un carácter de formalidad tan artístico, que hizo recordar los buenos tiempos de Francisco Montes; y en la hora de la muerte estoqueó los seis toros con tal aplomo, con tal seguridad, con tan pausado clasicismo, que sus faenas, por sí solas, eran bastantes para elevarle á uno de los primeros puestos del toreo, si ya no le hubiese tenido conquistado; y las siete estocadas con que despachó aquella media docena de reses bravas, le acreditaron de primer matador de toros de la época.

Demostró allí un conocimiento profundo del arte de torear y de las condiciones del ganado, dándole la lidia adecuada á las mismas, é hiriéndole ya á volapié neto, ya arrancando á un tiempo, recibiendo y aguantando: de todos los modos que el arte enseña menos los que, como el volapié, se conocen como de recurso, que son: á paso de banderillas, á la carrera, á la media vuelta, etc., no siempre indispensables.

Jamás lidiador alguno, de los conocidos en el presente siglo, tuvo la suerte de matar, en una misma tarde, uno tras otro, sin interrupción, seis toros de tan brillante manera: así lo reconocieron cuantos presenciaron el suceso, lo mismo los amigos que los adversarios, llegando el más significado entre éstos á escribir, después de mil elogios, que aquel hombre, puesto á matar, con la aptitud que en aquella tarde puso en evidencia, hubiera estoqueado, con igual desenvoltura, toda una torrada.

Ya no era, pues, Frascuelo, el matador de

toros discutible: ya se reconocía su mérito sin ponerle en duda: y aunque siempre hay partidarios de unos y otros toreros, aunque cada aficionado encuentra en el lidiador que más le gusta, supremacía en su favor, llegó una época en que se respetaba, y á veces se aplaudía por todos, el trabajo de tan gran torero.



FRASCUELO EN 1886.

Llegó Salvador, por la fuerza de su voluntad, nunca enervada ni desfallecida, á la cumbre del toreo, á la meta de su carrera; allí se mantuvo sin bajar ni un milímetro de tan

magnífico pedestal; trabajó en los últimos años con más empeño que cuando empezó, con igual deseo y sin reservarse nada, absolutamente nada; y ya con la conciencia segurísima de haber cumplido para el arte con la misión que á él le trajo, decidió retirarse y abandonarle.

Podría acontecer que las facultades físicas escaseasen (que al fin los 45 años ya estaban cumplidos, y en el toreo pesan mucho), y entonces la injuria de los tiempos le arrojase del teatro de sus grandes hazañas: él no quería, ni en sueños siquiera, pensar en que pudieran marchitarse los laureles tan legítimamente conquistados, y quiso disfrutarlos con la tranquilidad que podían proporcionarle, con las caricias de sus hijos, los bienes y caudal que con tanto esfuerzo supo adquirirse.

Para un hombre rodeado de consideraciones, envidiado de todos sus compañeros, colmado de aplausos que tanto adormecen el sentido, lleno de entusiasmo por su profesión, con la cual gozaba cada vez más, como goza un padre con sus hijos, aquel paso era terrible y había de producir en su alma grandísima sensación. Pero su voluntad era más fuerte que el acero; se resolvió á verificarlo y lo realizó sin dudar un momento.

Su retirada debía ser excepcional, como lo había sido su vida torera. El público de Madrid, que le había visto nacer para el arte, era quien debía darle el último adiós y así fué en efecto. Ofrecióle la Empresa por su trabajo en la corrida de despedida, la respetable suma de treinta mil pesetas, y en la tarde del 13 de Mayo de 1890, dando la alternativa á Antonio Moreno (Lagartijillo), concluyó para él el arte el bravo entre los bravos, el entendido y pundonoroso Salvador Sánchez; acreditando con este acto, que tan gran vacío ha dejado en el toreo, la fuerza de su voluntad que fué siempre el distintivo de su carácter. *No habiendo que vencer, vencióse él mismo.*

JOSÉ SÁNCHEZ DE NEIRA

LAGARTIJO Y FRASCUELO

LA escena no podía ser más triste. Rafael, aquel torero airoso y gallardo que pareció nacido á encarnar la varonil belleza del hombre que desafía el peligro sin que un músculo de su semblante se altere, y sin que por un solo momento se descomponga la armonía de las líneas de su cuerpo, en que pudo tomar el más acabado modelo la estatuaria, aparecía ahora prematuramente envejecido.

Aquella cabeza, que tantas veces cubrió la típica monterilla, se mostraba ahora descubierta, casi blanca, y encorvándose ligeramente sobre aquel pecho que en tantas ocasiones adornaron los cántaros del traje de luces.

Profundas arrugas surcaban sus facciones, y por las mejillas, tostadas por una casi constante vida de campo, se deslizaban silenciosas dos lágrimas gruesas y pesadas que se desprendían de sus ojos, que ya sólo animaban los tristes resplandores del recuerdo.

Delante de él, á sus pies había un féretro que encerraba los despojos del que con él había compartido, por espacio de cerca de veinticinco años, una serie no interrumpida de triunfos y de peligros.

De Frascuelo, del matador de corazón indomable y de amor propio inextinguible, no quedaba ya más que su cadáver, en que la huella de los años no había causado menores estragos que en las facciones del que fué el único émulo digno de disputarle sus glorias, y del amigo entrañable, en quien la rivalidad no sirvió para otra cosa sino para acrisolar el sincero afecto.

Lagartijo y Frascuelo se hallaban de nuevo frente á frente; pero ya no para disputarse como tantas veces se disputaron los aplausos del público, á que uno y otro renunciaron para siempre.

Era el último tributo que el amigo superviviente rendía al que le tocó sucumbir primero.

Los que sin atrevernos á desplegar los labios, veíamos á Rafael no apartar un punto la mirada del rostro, helado ya por el soplo de la muerte, de Salvador, no podíamos menos de reconstituir la historia de aquellos dos hombres, que será siempre la historia de la tauromaquia en cerca de un cuarto de siglo.

Todavía nos parecía verlos en aquella inolvidable capilla de la Plaza vieja, rodeados de banderilleros, cuya mayor parte dejaron de figurar en el libro de los vivos, fulgurando en los ojos chispeantes y vivos de Salvador la impaciencia por oír el toque del clarín que los llamase á la pelea, mientras Rafael, con apacible calma, conversaba en voz baja con aquellos intransigentes *anabaptistas*, que ya entonces empezaban á mostrar los bélicos arranques que más tarde habían de encender la competencia, más aparente que real, entre los dos inmortales toreros.

Veíamos luego cuando los años empezaban á templar sus ardores juveniles, mantener aquella lucha gigante en que, cuando los partidarios de uno ó de otro creían lograda una ventaja, una nueva proeza del rival temido volvía el equilibrio á la agitada balanza, y todavía nos parecía que atronaban nuestros oídos los ruidosos aplausos arrancados por aquellas largas ó aquellos pases de inimitable elegancia de Rafael, ó por aquellos quites temerarios ó aquellas inconcebibles estocadas de Salvador.

Y como si aquello fuera una evocación, también la sombra de muertos, ó queridísimos ó admirados por mí, ventan á tomar parte en aquella muda y conmovedora escena.

Pablo Herráiz, el banderillero inteligentísimo que tanto ayudó con su experiencia los primeros pasos de

Salvador; el simpático Victoriano Recatero, que con Frascuelo compartió las penalidades de los comienzos de su profesión; el leal Antonio Pérez (Ostión), parecían haber dejado sus tumbas para dar un apretón de manos al honradísimo veterano Juan Mota, que, con lágrimas en los ojos, pero orgulloso de su obra y de sus años, nos refería una y cien veces que él y sólo él, había alentado al gran Frascuelo, cuando la mayor parte no veía en él más que un loco.

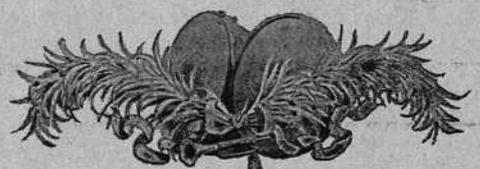
Y allí estaba también el fogoso Peña y Goñi, el denodado paladín del *frascuelismo*, el amigo entrañable de su ídolo, y el severo maestro Sánchez de Neira, si menos severo en sus juicios, no menos entusiasta del que siempre tuvo á Salvador por el torero más completo de cuantos en su larga vida vió pisar el ruedo.

Mas ¡ay! de todo aquello ¿qué quedaba en la realidad de esta vida percedera?

Casi nada. Lagartijo, el prematuro anciano, regando con sus lágrimas el ataúd del que fué su entrañable amigo y el émulo de sus glorias, no era ya más que la representación de un pasado que por desdicha no volverá.

Por eso los que presenciábamos la conmovedora escena, al ver salir de la estancia al gran Rafael, encorvado por el peso de los años y del dolor, nos parecía que acabábamos de ver cerrarse una de las páginas más gloriosas de la historia de la tauromaquia.

ANGEL R. CHAVES



JUSTO TRIBUTO

IMPOSIBLE sustraernos al deseo de que hoy, como en otros tiempos de feliz recordación, palpiten en LA LIDIA las ideas con tanto tesón mantenidas en épocas de ardiente pelea por aquel literato de cuerpo entero que en vida se llamó Antonio Peña y Goñi, y por el que fué prototipo de boadad é inteligentísimo aficionado, D. José Sánchez de Neira.

Ninguno de los dos existe ya para desdicha del arte, al cual consagraron lo mejor de las producciones de su inteligencia, y por tanto, no pueden dar nueva y gallarda muestra de su admiración por el diestro desaparecido hoy del mundo de los vivos, de aquel coloso, ídolo constante de sus aficiones, al cual defendieron de las injusticias del público con un calor y una valentía sólo comparables á la decisión y al arrojo del torero en favor del cual rompían lanzas.

En estas columnas para ellos tan queridas, donde riñeron las más memorables batallas los dos más entusiastas paladines del diestro que ya no existe, deben hoy figurar sus nombres, como tributo merecidísimo de nuestra veneración y de nuestro cariño, jamás extinguido, secundando con ello el delicado pensamiento del incomparable *Sobaquillo*, que en sentido artículo de *El Imparcial*, pidió que dos de las cintas del féretro que había de conducir al cementerio los restos de Salvador, quedasen reservadas en honor á la memoria de nuestros malogrados amigos y compañeros.

Reservemos también nosotros la parte principal del texto de LA LIDIA á fragmentos de estudios suyos sobre el notable lidiador, al cual dedicamos hoy el presente número; con ello ganan nuestros lectores y nosotros nos proporcionamos la íntima satisfacción de rendir una vez más culto al talento de los antiguos directores de este semanario.

LA LEY FATAL

Es ley de la humanidad;
pero una ley, en verdad,
cruel, sarcástica y dura,
y para la criatura
igual que fatalidad.

Cruza el hombre por la tierra
en interminable guerra,
y tropezando ó cayendo;
terco avanza, persiguiendo
una idea á que se aferra.

Y cuando el dorado sueño
consigue al fin con empeño
y de disfrutarlo trata,
la muerte, con torvo ceño,
su conquista le arrebatá.

Así fué siempre este mundo;
un semillero fecundo
de afanes y desengaños;
para el trabajo, cien años;
para el descanso, un segundo.

Y menos mal, si la historia
recogiendo la memoria
del que cumplió con exceso,
conserva aquel nombre impreso
en su página de gloria.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

Marzo, 1898.

DOS HOMBRES

COMO rasgo de carácter y corazón, nos refiere un antiguo aficionado, el siguiente, que pinta al Doctor Benavente (Padre) y á Salvador Sánchez (Frascuero):

Hallándose enfermo un hijo del célebre matador, fué á suplicar al Dr. Benavente que le asistiera, en horas en que el Doctor no salía ya de casa por su mucho trabajo y necesidad de descanso. Pero al ver la angustia de Frascuelo, todo lo abandonó, y consiguió, con su gran saber, salvar al hijo del célebre matador de toros, negándose después á toda recompensa, satisfecho del bien practicado.

Corría el tiempo aquel en que Salvador había prometido no torear en Madrid, dolido de las injusticias que con él se habían cometido. La Diputación organizó una corrida de Beneficencia, y buscó las influencias más poderosas y altas para vencer á Frascuelo, y todo en vano. Agotados todos los medios imaginables, perdidas todas las esperanzas de que el inolvidable espada tomase parte en la caritativa fiesta, y tratando del asunto algunos de los individuos de la Comisión provincial, hubo quien les dijo que vieran á Benavente, y éste, en nombre de los pobres del Hospital, le pidió que toreará; y Salvador, recordando el agradecimiento que debía al doctor por la salvación de su hijo, toreó gratis, firmando en blanco la escritura, aquella corrida inolvidable que se conoce en los fastos del toreo con el nombre de la corrida de «Salvador y Rafael», ó la de Beneficencia de 1882.

¡REQUIESCAT, VINCITORE!

NADIE diría que la riente primavera se avecina. Pensárase más bien que, como las entrecortadas ráfagas otoñales, arrastrando en remolino las amarillentas y secas hojas del árbol, acusan la proximidad del temeroso invierno, las ráfagas mortales que con tanta insistencia soplan sobre nuestras moradas y barren nuestras afecciones, delatan la presencia de un invierno cruel é interminable, que amenaza segar por completo lo poco de patrimonial y propio que nos queda de nuestra antigua y opulenta fortuna.

El hálito congelado de la muerte penetra por todas partes, y no sólo derrumba la materia de media humanidad, sino que contrae dolorosamente el corazón de la otra media. Pequeña es relativamente la esfera en que nosotros podemos maniobrar, y sin embargo, venimos experimentando en ella tan rudamente golpe tras golpe, que el ánimo más entero se amilana, y la iniciativa más fecunda se entorpece. Y al emprender nuestra tarea, con la misma fe y ardimiento de costumbre, la mano desfallece y la cabeza se debilita, pensando que hasta ahora la desdicha y la muerte ha sido el móvil principal de nuestra pluma.

Hace poco, Peña y Goñi; ayer, Sánchez de Neira; hoy, Salvador Sánchez, el lidiador incomparable, la representación más genuina y más real del toreo contemporáneo. Esa figura grandiosa é indomable, dentro de su arte, que fuera hasta hace poco el asombro de los que le estudiaban, también acaba de desaparecer.

Pasada aquella epopeya conocida por la guerra de la Independencia, que cierra la serie de nuestros esfuerzos y triunfos nacionales, y hecho sentir de grado ó por fuerza al mundo entero, parece que, aun sin perder la independencia de carácter, la bravura nacional, tan menguada en tesis general, á estas alturas, queda circunscripta á la lucha con las fieras y entre hermanos. De aquí que á contar de aquella época, el llamado arte nacional ó la tauromaquia adquiriera desarrollo y florecimiento progresivos, y el número de sus mantenedores se multiplica, acrecentando á la vez la afición al espectáculo, posible solamente y exclusivo en una raza que ni se doblegue ni se rompa. Descuellan, á cortos períodos, como principales figuras del Circo, Guillén, Montes, Redondo y Cúchares, y rebasa del siglo la mitad primera.

En este promedio, allá por las provincias meridionales, y en humilde cuna, como humilde es siempre la del gladiador español, aparecen las dos entidades que, como sustitución y herencia, han de continuar y superar las hazañas táuricas de las enunciadas anteriormente; y no transcurre mucho tiempo sin que la popularidad tome en boca dos nombres tan fáciles y sencillos como Rafael Molina y Salvador Sánchez, y dos apodos tan gráficos como pintorescos: *Lagartijo* y *Frascuero*. Y unidas ya estas dos frases por la voz pública, no hay manera posible de separarlas, transcurra el tiempo que quiera entre la desaparición de las personalidades que representan.

Sí; el toreo de seis lustros atrás, está representado por estos dos términos. En el uno el toreo de figura, artístico, convencional; en el otro, el toreo de líneas, rígido, seco; contraste de singular relieve, que contribuyó primordialmente al aumento extraordinario de la afición y al caldeamiento del de, por sí, ardiente espectáculo. Del primer término, quedan indelebles recuerdos, en forma animada, por donde la corriente del Bétis fertiliza la antigua corte de la civilización árabe en España; el segundo es el que ha perdido la animada representación hace cinco días.

El público de hace veinte años, puso á Lagartijo y Frascuelo uno enfrente del otro, como irreconciliables enemigos. No lo fueron nunca. Fueron simplemente una antítesis en el procedimiento empleado por cada uno en el ejercicio de su arte; antítesis de la que, como casi siempre sucede, surgieron partidos y banderías, de las que, por regla general, suelen valerse y reirse, en la mayoría de los casos, los que son objeto de la contienda.

Las que ambos lidiadores originaron durante su carrera activa, pasaron al terreno de los recuerdos ocho años há, cuando Salvador se retiró á la vida privada; hoy pasan á la jurisdicción de la historia, con el fallecimiento del mismo.

No hemos de seguir paso á paso al bravo torero, en su peregrinación por la vida, ni á nada conduciría volver sobre ello, teniendo por una parte, como tiene, en el curso de nuestra publicación, una crónica casi continua y detallada de la época más interesante de su profesión; y estando, por otra, como están, sobrado impresos en la imaginación del pueblo sus más famosos hechos frente al peligro, que encierra la más asombrosa de las costumbres en las sociedades modernas.

Basta, á nuestro propósito, consignar que Salvador Sánchez ha sido la viva encarnación del toreo verdad. Carecía de los recursos de que el arte dispone para practicarle sin violencia ni fatiga; pero era una voluntad, un corazón que no retrocedía nunca. La obligación impuesta le impelía á un terreno, y á él marchaba de frente y sin vacilaciones, sin considerar siquiera que muchas veces el círculo que pretendía romper, estaba defendido por la muerte. Lejos de arredrarse ante el peligro, cuando le barruntaba, sus músculos se templaban hasta el acero, sus ojos centelleaban hasta el relámpago, y su busto terciado y enjuto se estiraba y ensanchaba hasta el atletismo. Y avanzaba. Allí no había solución intermedia: ó é, ó el enemigo. Allí no había fraude, todo era verdadero.

Por eso tuvo que luchar infinitas veces con la muerte; y tanto llegó á familiarizarse con ella, que en cada ocasión que escapaba de sus negras garras, volvía á buscarla con mayor ahínco y más bravura. Frente á frente no pudo la parca con aquella naturaleza de hierro y aquella voluntad gigantesca; traidoramente acaba de restarle del mundo de los vivos antes del plazo lógicamente asignado á su carrera.

La tauromaquia, pues, esa matrona de formas correctas, exuberantes y varoniles, tan hermosamente representada en estas mismas páginas por ese otro gran artista Daniel Perea, está de duelo, y de duelo sincero, por la pérdida de uno de sus más predilectos hijos... ¿Pobre Frascuelo? No incurramos en esa vul-

garidad tan repetida en estos casos. ¡Dichoso Salvador, que al abandonar este mundo de contrariedades y miserias, deja un nombre por todos querido y admirado!...

No menos sincero es el pesar que en la redacción de LA LIDIA domina por la falta del coloso. Siempre tuvo en sus columnas admiradores y defensores acérrimos y siempre mediaron entre esta Revista y el gran



ÚLTIMA TIENDA QUE DIRIGIÓ FRASCUERO.

torero, corrientes de simpatía que alcanzaron los límites de lo excepcional. Así se ha reconocido por todos, ante la oportuna indicación de nuestro ingenioso compañero *Sobaquillo*, reservando en el fúnebre cortejo dos cintas del féretro en memoria de los redactores de ella y entusiastas del finado, Peña y Goñi y Sánchez de Neira, que llevaron en su representación los Sres. Carmena y Millán y Sánchez de Neira (hijo). Por su parte, la modesta redacción de ahora, con su propietario á la cabeza, contribuyó al tributo dedicado al famoso diestro, con una corona de flores naturales. Naturales, sí, que no podía ser otra cosa, tratándose de quien todo fué naturalidad y verdad...

El pueblo sano ha honrado en la forma debida á su ídolo; y á título de epitafio, nosotros repetiremos las hermosas frases de una de nuestras glorias parlamentarias, de Castelar: «Cuando se vive en la humanidad y se muere en la gloria, el sepulcro no es más que una transfiguración».

Y... ¡REQUIESCAT, VINCITORE!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

12 Marzo, 1898.

FRASCUELO

SE dice que la hora de la muerte es la hora de las alabanzas; mas para el inolvidable torero, llegó esta hora mucho antes que la terrible de su fallecimiento. Aclamado durante veinticinco años, en que se consagró á la profesión de lidiador de toros, y siendo el idolo de las clases populares, ha podido percibir después, y en el transcurso de ocho años que llevaba retirado del palenque de sus triunfos, cuán entusiástico era el juicio definitivo que de él se formó, y qué lugar tan preeminente se le asignaba en la historia del toreo.

No ha tenido Salvador que confiar *A i posterí* *l'ardua sentença*; ha conocido antes de morir el juicio de la posteridad, formulado á partir del día para él glorioso en que cerró por siempre la era de sus proezas increíbles en el Coso. Grande fué su figura en el dilatado período de actividad del toreo; acrecentóse después de su retirada cuando se fué apreciando el inmenso vacío que dejó en las Plazas; hoy la engrandece la muerte, y mañana re-

sultará como legendaria, al relato de las estupendas hazañas llevadas á cabo ante los atónitos espectadores que tuvimos la fortuna de presentárselas.

Un cuarto de siglo de titánica lucha con otro torero, dechado de habilidad, adornado de cualidades ingénitas de lidiador, animoso, elegante, con cientos de miles de partidarios fascinados por su arte supremo, no bastó para deprimir ni en un ápice el alto nivel en que á Salvador colocaran su ardimiento, su valor inquebrantable no superado jamás por torero alguno, y su asombrosa y *única* manera de estoquear reses bravas cara á cara;

Una generación entera quedó gastada por las grandes emociones que ambos colosos la hicieron experimentar, y ellos no pudieron vencerse uno á otro: disfrutaron por igual de la victoria. Este hecho constituye su mejor elogio. Su retirada de las Plazas no acabó en verdad con el toreo, pero lo empequeñeció, é hizo desaparecer casi por completo la nota épica que ellos imprimían al espectáculo.

Concretándome á Frascuelo, entiendo que las

suertes que eran privativas de él, con él se fueron y nadie las ha vuelto á practicar con su maestría y su valor. Revisteros hay que, movidos por la pasión ó quizás por móviles menos generosos, suelen decir: *Fulano* dió una estocada verdaderamente *frascuelina*, ó hizo un *quite aguantando* de los de Frascuelo; pero, en realidad, ni ellos mismos lo creen. Nadie ha pisado el terreno que pisó Frascuelo para consumir estas suertes, ni las ha hecho sin echarse atrás, y de poder á poder, como él las hacía; como no ha habido tampoco quien hasta ahora haya podido igualar la incomparable manera de torear de Lagartijo.

El interés vehemente demostrado por todas las clases sociales desde que se inició la enfermedad de Salvador, y la imponente manifestación de sentimiento producida por su muerte, han patentizado el alto aprecio en que se tenían los grandes méritos del torero, y las simpatías que en todos los corazones nobles despertaba un tipo tan generoso, tan valiente, tan caritativo y tan castizamente español, como fué el admirable lidiador.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

SALVADOR SÁNCHEZ (FRASCUELO)

Término de la enfermedad: La mejoría iniciada en la enfermedad el domingo último, de que dimos cuenta en el número anterior, y que continuó el lunes durante la mañana, hizo concebir esperanzas de salvación á todos cuantos rodeaban al valeroso diestro, tornándose bien pronto en grandes angustias al presentarse en la noche del lunes citado, recargo en la fiebre y delirios frecuentes.

La ciencia procuró combatir unos y otros síntomas de



FRASCUELO EN EL CERRADO DE D. VICENTE MARTÍNEZ

gravedad inminente, á los que siguieron gran postración y algunos colapsos.

El fin de aquella naturaleza de hierro se acercaba á pasos de gigante según transcurían las horas.

Difícil era arrancar del lado del enfermo á su esposa é hijos, y pudo conseguirse no sin grandes esfuerzos.

Administráronse luego los últimos Sacramentos al enfermo, y poco después de la una y media, el veterano Salvador Sánchez (Frascuelo), aquel idolo del pueblo de Madrid, que estuvo al borde de la tumba á consecuencia de las cornadas que le infirieron en el ejercicio de su profesión, entre otros, los toros *Gindaleto* y *Peluquero*, entregó su alma al Creador.

La noticia: Cundió por Madrid la noticia del triste desenlace de la enfermedad con rapidez, y á poco la gente afluyó á la calle del Arenal para comprobar la verdad por sí misma, haciendo difícil el tránsito público.

La casa del Dr. Porras se vió invadida por muchos amigos y conocidos de Frascuelo, hasta el punto de que fué necesario poner cortapisa á los visitantes, y dar orden de que no pasaran sino determinadas personas.

El embalsamamiento: Por disposición de la familia, y con objeto de que el público pudiera desfilarse por ante el cadáver del diestro, á quien en tantas ocasiones había aplaudido con entusiasmo, se acordó el embalsamamiento del difunto, operación que practicaron el miércoles después de las dos de la tarde, los Dres. Sres. Pérez Hernández y Pérez del Hierro, auxiliados por el Sr. Gallego y el farmacéutico Sr. Caldeiro.

Terminado éste, se procedió á vestir el cadáver, lo que efectuaron el picador Salustiano Fernández (Chano) y el mozo de espadas Isidoro García, poniéndole chaqueta corta de paño negro, con pasamanería de seda, pantalón y chaleco también de paño y faja.

Una vez vestido, se colocó el cuerpo inanimado de Frascuelo en una caja de zinc negro, enguatada de seda color oro viejo.

La capilla ardiente: La sala de la casa habitación del Dr. Porras se transformó en capilla ardiente, colocándose el féretro en el centro de la misma y en el suelo, y detrás de él, en el testero, un estandarte de la Sacramental de San Isidro. Seis blandones prestaban con sus luces aspecto fúnebre á la habitación, de cuyas paredes pendían multitud de ricas y valiosas coronas, testimonio de su familia y de cuantos estimaban al difunto.

Exposición del cadáver: Atendiendo á la súplica de infinidad de personas, y con la venia de la autoridad, se acordó que el cadáver fuera expuesto al público el miércoles de cinco á siete de la tarde, y el jueves de nueve á doce de la mañana y de tres á siete de la tarde.

En dichas horas desfiló por la capilla ardiente todo el Madrid aficionado y muchísimas personas que le admiraban por su generosidad sin límites y sus actos de heroísmo en ocasiones, como la salvación de algunas personas que estaban á punto de perecer entre las llamas de un incendio en la calle del Carmen.

Telegramas: Desde que la prensa y el telégrafo hicieron público el fin de Frascuelo, no sólo por todos los ámbitos de la Península sino hasta en el extranjero, no cesaron de enviarse á la familia del difunto telegramas de pésame, contándose por cientos los recibidos.

Rafael Molina (Lagartijo): Tan pronto como tuvo noticia del fallecimiento del compañero, con quien tantos años compartiera los aplausos de todos los públicos, telegrafió á la familia su más sentido pésame, y se puso inmediatamente en camino, llegando á Madrid el miércoles en el expres. Desde la estación se dirigió á la casa mortuoria, donde entre el hijo de Frascuelo, la viuda é hijas del finado se desarrollaron tiernísimas escenas.

Preliminares del entierro: Se acordó que éste se efectuara el viernes á las tres de la tarde, hora que se varió luego por la de las dos; que del féretro pendieran cintas que llevarían varios diestros, íntimos del finado, representaciones de los ganaderos y prensa profesional, y reservándose dos de respeto á la memoria de los inolvidables escritores D. José Sánchez de Neira y don Antonio Peña y Goñi, grandes amigos del difun-

to, y por el que sostuvieron en la misma rudas batallas. Estas cintas se acordó las llevaran, en nombre del primero su hijo D. Gonzalo, y la del Sr. Peña y Goñi su leal y cariñoso amigo el distinguido escritor y colaborador de LA LIDIA don Luis Carmena y Millán.

Rafael Guerra (Guerrita): Era objeto de contradictorias noticias y diversos comentarios la conducta que observaría Guerrita en el presente caso, comentarios y noticias que vinieron al suelo al hacerse público un telegrama del popular espada, anunciando su salida de Córdoba para llegar á Madrid en la mañana del viernes, como así sucedió.

Preparativos á tímos: A las nueve y media de la mañana del viernes se procedió á soldar el féretro en que yace el cadáver. No hay para qué indicar la dolorosa escena que se desarrollaría en aquellos momentos.

En la calle: Según se acercaba la hora del entierro, á la calle del Arenal afluyó gran número de personas ávidas de presenciar la salida del cadáver de la casa mortuoria, haciendo poco menos que imposible el tránsito público á pesar de las numerosas parejas de Orden público dispuestas y algunas de la Guardia civil.

En toda la carrera era tal la aglomeración de gente, que el paso de la comitiva se hizo difícilísimo, llegando en muchos puntos á tener que intervenir la fuerza pública para contener la avalancha de curiosos que se mezcló entre el acompañamiento, dando lugar á que muchas personas que lo formaban, tuviesen que desistir de sus propósitos de seguir y acompañar el cadáver.

Los balcones de todas las casas de la carrera estaban llenos de gente.

En el paseo de los Ocho Hilos: Al llegar allí la comitiva, hizo alto para colocar el féretro en el coche-estufa, poniéndose, una vez efectuado esto, nuevamente en marcha.

En el Cementerio: Al llegar el cortejo fúnebre á la puerta del Cementerio, tomaron la caja en hombros Guerrita, Valentín, Badila y D. Adolfo Rodrigo, transportándole á la capilla, donde se rezaron varios responso.

Terminados éstos, se dirigió la comitiva al patio de la Concepción, llevando el féretro Chano, Trescalés, Badila y Moños, quienes lo depositaron en el mausoleo propiedad de Frascuelo, que tiene el núm. 15, y en el que se lee la siguiente inscripción: «Propiedad de Salvador Sánchez Povedano y familia. Año 1889.

Se rezó un nuevo responso, y se colocó el ataúd á unos tres metros de profundidad, después de las tres y media.

La emoción que esto produjo fué indescriptible.

Y en silencio abandonaron todos el fúnebre recinto donde quedaba depositado para siempre el cadáver del bravo matador, que tantos días de gloria dió al arte de los Romeros, y que deja imperecederos recuerdos de valentía y vergüenza torera, en términos tales, que con dificultad tendrá quien le iguale.

L. VÁZQUEZ.

LA CORRIDA DE AYER

La penosa impresión producida por la muerte del arrojado matador Salvador Sánchez (Frascuelo), y el deber en que nos creemos de dedicar á su memoria todo el mayor espacio posible en estas columnas, nos obligan á ser muy parcos en la apreciación de la corrida de ayer, parquedad que nos dispensarán nuestros lectores, en gracia á la causa de excepcional importancia que la motiva.

Era la fiesta de ayer la segunda de las de despedida de la Empresa saliente, formando los componentes del cartel seis toros de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, lidiados por las cuadrillas de Guerrita y Reverte. La animación era menor que el anterior domingo; los billetes se ofrecían á su precio, á pesar de lo que la entrada fué más que buena; la tarde tristonja y fría, y la Presidencia se mantuvo con discreción en el centro de la suerte. Hízose el paseo á la hora marcada, ostentando las cuadrillas cabos y moños negros en señal de duelo, y he aquí, el conjunto, el resultado de la cosa.

Su Excelencia, que tan mosqueados nos tiene, mandó por esta vez media docena de reses de bonita y buena presentación en general, pues casi todas eran finas y bien criadas, compartiéndose la pinta cárdena y castaña, y á mayor abundamiento, no andaban tan vergonzantes de armadura como suelen venir con frecuencia. Esto no obstante, no pudo resistir á la costumbre de entreverar en la corrida dos novillitos adelantados, como lo fueron los jugados en tercero y sexto lugar. Cuanto á condiciones de lidia, cumplieron bien en el primer tercio, por este orden: cuarto, quinto y primero; y se dolieron, escupieron y huyeron de la suerte los otros tres. Entre todos aguantaron 39 varas, produjeron 16 caídas y mataron 11 caballos. No ofrecieron grandes dificultades para benderillarlos, y véase el resultado del último tercio:

Guerrita, de corinto y oro. — Encontró con muchas facultades y huyéndose al primero, é hizo con él una brega de maestro, tomando el terreno necesario para desenvolverla con arreglo á las condiciones del enemigo, y dando con la muleta pases buenisimos. Aprovecho muy bien la oportunidad para herir entrando con pies, y dejando una buena estocada á volapié. Al tercero, que estaba manso, le toró poco y bien, y cuando le tuvo igualado entró con decisión á matar, dejando, en corto, una estocada hasta el puño, algo tendida, y con desarme. *Quiso* después adornarse, sin que el bicho se prestara, y por fin descabelló á la primera. En el quinto, que estaba quedado, la brega bastante movida y queriendo obligar al toro, que no respondía. Entró á tiro rápido, dejando á volapié una estocada alg' caída y atravesada. En el resto de la lidia hizo lo que pudo, y se prestó la cosa para poco.

Reverte, de perla y oro. — Halló al segundo mansurrón y entablado al final, limitándose á hacer una faena adecuada para despegarle de las tablas, en su mayoría de medios pases. Hirió con mucha decisión y verdad, en un pinchazo en hueso, á volapié, y una corta en igual forma, ambas cosas superiores. Después intentó descabellar de basilestilla, con puntilla y estoque, sin conseguirlo. En el cuarto, que llegó bien á la muerte, la brega sin nada extraordinario, la llevó con aplomo, aunque en algún pase le comiera el toro el terreno y le desarmase. Hirió con alguna precipitación, clavando una estocada á volapié, en tablas y con tendencias. En el último, distraído y tonto, la faena se hizo un tanto pesada por parte de ambos factores, tocando casi al final en aburrída. Con el estoque, queriendo el diestro salir del paso, con un pinchazo sin soltar y cuarteando, y media estocada á paso de banderillas, un poco ida. En el resto de la lidia como su compañero.

Pusieron buenos pares de banderillas Currinche, Juan, Pulga, A. Guerra, Patatero y Blanquito, por este orden; bregó más Juan Molina, y castigaron en general bien los picadores, sobresaliendo Agujetas. Y hasta la tercera.

DON CÁNDIDO

LA LIDIA



R. Calhoun lit.
Estab. Tipográfico.

Salvador Sánchez (Frascuelo). † el 6 de Marzo de 1898.